

Vigencia y problemática de los estudios culturales

Humberto J. Cubides C.

Subdirector del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central -DIUC- y Docente-investigador de su Programa de Comunicación-Educación.

Un buen número de autores coincide en afirmar la naturaleza ambigua, heterogénea, de mezcla, de los llamados *estudios culturales*¹. Esta condición se encuentra asociada a los variados orígenes y diversas circunstancias sociales en que esta corriente ha evolucionado. Aun así, también se ha señalado el carácter distintivamente político de la propuesta inicial del campo², desde cuando teóricos como Matthew Arnold, John Ruskin y William Morris quisieron darle un lugar privilegiado a la cultura dentro de los estudios de las ciencias sociales y humanas al enfocar tempranamente sus análisis a los fenómenos comunicativos, haciendo al mismo tiempo una aguda crítica a la sociedad industrializada y de masa. Este aspecto fue aún más claro en la época de la verdadera institucionalización de los estudios culturales —cuyo inicio se registra hacia 1964— mediante el trabajo de los académicos de Birmingham (Stuart Hall, Richard Hoggart, Raymond Williams y Edward Thompson), quienes orientaron sus preguntas básicas al estudio de la cultura de masas en confrontación con las culturas populares, al consumo que éstas

hacían de aquéllas y a la resistencia de parte de los sectores obreros y populares al orden institucional.

Particularmente, el tinte político de la corriente se relaciona con su contribución a la reestructuración de las ciencias sociales en la medida en que ha permitido un ataque a las epistemologías tradicionales, al cientificismo de buena parte de las investigaciones sociales y al concepto de la estética autoevidente de los cánones de las humanidades tradicionales³. En síntesis, los estudios culturales se han convertido en una nueva propuesta política, precisamente porque se plantearon como alternativa a una política académica hegemónica. Todo lo anterior fue resultado de la atención de los investigadores a la particularidad de los fenómenos de la modernidad, sobre los cuales intentaron desarrollar un movimiento de reflexión y de análisis acudiendo a metodologías de búsqueda que se ubican en una nueva transdisciplinariedad de “ciencias nómadas”, de tal modo que se produjo una especie de encuentro entre el método y la situación social.

¹ Al respecto, véanse los trabajos de Mattelart, García Canclini y Jameson, entre otros, más adelante referenciados.

² Utilizamos, a propósito, de manera difusa esta noción de campo, dado que no hay acuerdo sobre si los *estudios culturales* son una escuela, una corriente, una problemática, una institución académica, un hecho, etc. Cfr. A. Mattelart y E. Neveu. “La institucionalización de los estudios de la comunicación”, en revista *Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, núm. 49, Madrid, marzo-mayo de 1997, pp. 113-148.

³ En esta apreciación coinciden autores como Wallerstein y Herlinghaus.

El problema ahora consiste en determinar la manera como se asume la subjetividad, teniendo en cuenta la conjunción de las distintas condiciones que entrelazan lo general y lo específico, lo global y lo local, inserta en los diversos modos de producción que en la actualidad se gestan como resultado de lo que algunos teóricos llaman “el capitalismo mundial integrado”.

Sin embargo, y luego de la expansión “planetaria” de los estudios culturales a mediados de la década de los ochenta del siglo pasado, algunos de los autores mencionados (Mattelart y Jameson, concretamente) insinúan el hecho de su fragmentación, disolución o dispersión, cuestionando la posibilidad de su autonomía. Los interrogantes que emergen son, entonces: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad de supervivencia y fortalecimiento de los estudios culturales? ¿Hasta dónde pueden constituirse como conocimiento estratégico para las dinámicas sociales de nuestros países? Y, en este sentido, ¿qué capacidad tienen de contribuir a liberar nuestras conductas hacia un efecto descolonizador?⁴

La exploración que intentaremos como búsqueda de respuesta a estos interrogantes la vamos a centrar en tres ámbitos considerados fundamentales para la institucionalización de este movimiento: el epistemológico, el histórico-político y el propiamente temático.

Sentemos, además, que esa institucionalización comprende dos procesos paralelos fundamentales: la constitución como universo simbólico específico y la organización objetiva de las instituciones especializadas en su producción y reproducción⁵; se supone, por tanto, que los científicos de un campo compartan un enfoque común de objetivos, metas y métodos, asunto que en el mundo universitario se formaliza en torno a las actividades de enseñanza e investigación.

1. *Desde lo epistemológico.* El primer punto a considerar en este ámbito es el de hasta qué punto el abordaje de los problemas investigativos a plantear desborda lo disciplinar para asumir una perspectiva inter, múltiple, trans o posdisciplinar. Ésta fue una de las características iniciales del movimiento; dada la heterogeneidad cultural que desde un comienzo se hizo evidente y el hecho de aceptar el descentramiento de la cultura occidental, las exigencias de problematización de los fenóme-

⁴ Preguntas relacionadas con las miradas esperanzadoras de G. Giménez y Herlinghaus.

⁵ De acuerdo con la propuesta teórica de Berger y Luckmann, en *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu eds., 1993.

nos sociales conllevaron un permanente desbordar hacia otras disciplinas. Si en un comienzo las trayectorias de disciplinas humanas como la antropología y de ciencias sociales como la sociología corrían caminos paralelos, la necesidad de análisis cultural de la modernidad hizo que empezaran a encontrarse puntos comunes, de tal manera que la sociología, por ejemplo, se interesara por el estudio de los bienes simbólicos y comenzara a tomar fuerza una sociología de la cultura, y la antropología se dedicara a interpretar la ritualidad de la sociabilidad nacional o a estudiar el patrimonio cultural en su relación con los problemas del desarrollo. El caso más claro es el de los estudios en comunicación, que hubieron de acudir a los aportes de la semiótica, la sociología, la psicología e incluso a los desarrollos de la biología y de las tecnologías de la ingeniería. En fin, el hecho de que las ciencias sociales propongan definir sociosemióticamente la cultura como el ámbito de la producción, circulación y consumo de las significaciones, da cuenta de este cruce entre disciplinas.

Pero se trata de ir más allá de esto: es necesario que el encuentro entre científicos permita la construcción de conceptos que signifiquen la transformación mutua de las disciplinas en el intento de encontrar modos alternativos de pensar las crisis de la(s) modernidad(es), lo cual supone superar el *ethos* de la profesión académica que se dirime entre una identificación con el campo disciplinario y las tareas que realizan como universitarios en una institución particular. Más que en el plano teórico o metodológico, la reestructuración propuesta es en términos del cambio de la organización institucional de las actividades y de las representaciones de los actores de las coordinadas

y los objetivos de sus disciplinas. En este sentido, Wallerstein entiende que los estudios culturales deben ser uno de los principales impulsores de la reestructuración de las disciplinas tradicionales (economía, sociología, política), así como de la integración de los supercampos de las ciencias naturales, las ciencias sociales y las humanidades. A ello es a lo que se refiere el nuevo patrón de la posdisciplinización: la superación de los límites entre las especialidades cerradas y jerarquizadas, y el establecimiento de un espacio de discursos y prácticas cuya legitimidad dependa más de la profundidad, extensión, pertinencia y solidez de sus explicaciones que del prestigio institucional de un gremio encerrado en sí mismo⁶.

El segundo aspecto a considerar en este apartado es de qué manera, en los estudios culturales, se sigue considerando el lugar desde donde habla el Sujeto de investigación y los modos de enunciación a los que acude. De nuevo hay que decir que uno de los rasgos iniciales de los estudios culturales tuvo que ver con la práctica de relacionar los textos producidos con el significado social de los contextos en donde emergían, en particular el reconocimiento del carácter de centro o de periferia desde donde provenían los discursos, en los que se insertaban multiplicidad de sentidos y de propósitos. El problema ahora consiste en determinar la manera como se asume la subjetividad, teniendo en cuenta la conjunción de las distintas condiciones que entrelazan lo general y lo específico, lo global y lo local, inserta en los diversos modos de producción que en la actualidad se gestan como resultado de lo que algunos teóricos llaman “el capitalismo mundial integrado”⁷. A más de lo anterior, se trata de la posibilidad de mante-

⁶ Véase Raúl Fuentes Navarro, “Hacia una investigación posdisciplinaria de la comunicación”. En *Telos*, núm. 47, FUNDESCO, Madrid.

⁷ Al respecto, véase el texto de Toni Negri y Félix Guattari *Las verdades nómadas*, cap. 3, Editorial Gakoa Libuneak, 1998.

ner una consciencia reflexiva en los trabajos que se enfrentan, de hacer evidente que ciertos hechos de nuestro mundo interior pueden ser revelados por un estudio extenso de lo que llamamos mundo exterior; igualmente, que un análisis amplio de este mundo interior revelará, a la vez, hechos encontrados primero en el mundo exterior, de tal manera que no podemos escapar al evento de que el mundo que conocemos está construido para (y de modo que sea capaz de) verse a sí mismo. Todo ello supone que tanto investigador como investigado deben explicitar sus formas de ver el mundo y las consecuentes representaciones que están afectando tanto el proceso mismo del estudio como las interpretaciones a que se llegue, esto es, entender la emergencia del “observador de segundo grado”.

En tercera instancia, la capacidad que tendrán los estudios culturales para aceptar los fenómenos de complejidad y el necesario proceso de cientifización social de las humanidades. Es claro que los estudios culturales se enmarcaron en un paradigma que cuestionaba la praxis de dominación, que, desde una concepción eurocéntrica, ejercía un tipo de reflexión simplificadora de la vida, de la corporeidad y de la subjetividad. No obstante, la tendencia a buscar una distancia de los datos mediante el conocimiento profundo del contexto los llevó a limitar aún más el campo de su investigación, es decir, a instalarse en lo que Wallerstein llama “un uso del episódico TiempoEspacio geopolítico”, a atrincherarse en un microcosmos universal, rasgo que pudo haberlos conducido a cierta

irrelevancia política. La tarea consiste, entonces, en reconocer el funcionamiento de los sistemas históricos particulares y los mecanismos que los regulan, de tal forma que se pueda aceptar la continuidad del cambio social y el momento de transición del sistema hacia otro sistema histórico; en últimas, en admitir el carácter irreversible del tiempo, en darse cuenta de “que todo aquello que fue, afecta todo lo que es y será, que el pasado restringe el futuro mas no lo determina”⁸. En el fondo, se trata de romper la separación entre las “dos culturas”, el distanciamiento entre la ciencia natural y la ciencia social.

Al respecto es importante mencionar las propuestas que recientemente se han hecho acerca de la posibilidad de que un paradigma como el de la “emergencia” cumpla un papel central en este acercamiento. El desarrollo independiente de distintas investigaciones dentro de las “ciencias del espíritu” ha llevado a plantear cuatro nuevos conceptos relacionales: contenido/sustancia y contenido/forma, expresión/substancia y expresión/forma; las preguntas que de allí surgen llevan a enriquecer el interrogante por la emergencia del sentido: ¿cómo es posible que contenidos /formas emerjan de contenidos/sustancias? ¿Cómo es posible que se enlacen contenidos/formas y expresiones/formas en signos? Aquí se propone pedir consejo a los científicos naturales, ya que todo lo relativo a contenido/sustancia alude a funciones y capacidades del cerebro, en tanto que las expresiones/sustancia remiten a tecnologías más o menos complejas⁹.

⁸ I. Wallerstein “El espacio tiempo como base del conocimiento”, en O. Fals Borda (comp.) *Participación popular: retos del futuro*, Bogotá, Icfes/Iepri/Ccolciencias, 1998, p. 61.

⁹ Hacemos referencia al trabajo de H. U. Gumbrecht: “De la legibilidad del mundo a su emergencia”, en donde se propone este acercamiento entre ciencias del espíritu y ciencias naturales, en *Cultura, política y modernidad*, Universidad Nacional, CES, 1998, pp. 33-61.¹⁰ Para ilustrar este tema, hemos tenido en cuenta el artículo “Tradicionalismo y modernidad en América Latina” de José Joaquín Brunner, en *Posmodernidad en la periferia*, H. Herlinghaus y M. Walter (ed.), Santiago de Chile, Langer Verlag, 1994.

2. *Desde lo histórico-político.* El problema central en este aspecto es el de la capacidad que tienen los estudios culturales para enfrentar la autoridad científica del “Centro” y asumir un modelo auténticamente universalista que respete la condición cultural periférica y la existencia de interpretaciones diferentes en un mundo complejo e incierto. El universalismo, como ideología de la economía mundial capitalista, sostiene la superioridad de Occidente al haber alcanzado primero la modernidad; camino, entonces, que deben seguir las otras naciones que se encuentran en etapas retrasadas del desarrollo. Aceptar la crisis de la modernidad y, por tanto, la del paradigma dominante, implica un reconocimiento de lo “Otro”; en nuestro modo de pensar latinoamericano, esta problemática, al apartarse de las lecturas com-

parativas con los conceptos europeos, permite el advenimiento de los conceptos descentrados de una “modernidad periférica”: una modernidad heterogénea, multicultural y multi-temporal, que revela una historia distinta de las articulaciones entre lo popular y lo masivo¹⁰. La revalorización de lo local contra lo universal como objeto de estudio responde a este propósito; igualmente, el énfasis analítico en los movimientos sociales y no en las estructuras.

Sin embargo, el peligro está, tal como lo hace notar Wallerstein, en caer en otra forma de provincialismo y descuidar las interrelaciones más amplias del tejido histórico¹¹. Se ha anotado que el pecado original de los estudios culturales se encuentra en su frecuente olvido de la historia y la economía, la casi inexisten-

La cultura actúa, simultáneamente, como cristal para ver la realidad, como materia prima de las identidades sociales y como guía potencial de acción y fuente de su legitimación. Se trata de pensar la cultura no sólo como condicionada socialmente, sino, también, como factor condicionante de las dimensiones económica, política y demográfica de toda sociedad.

¹⁰ Para ilustrar este tema, hemos tenido en cuenta el artículo “Tradicionalismo y modernidad en América Latina” de José Joaquín Brunner, en *Posmodernidad en la periferia*, H. Herlinghaus y M. Walter (ed.), Santiago de Chile, Langer Verlag, 1994.

¹¹ Es uno de los peligros que I. Wallerstein menciona acerca del futuro de esta corriente. Cfr. *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1997.

cia de análisis que entiendan la creación cultural como espacio de competición e interdependencia de productores y su descuido por elaborar una teoría de la ideología, a pesar de la influencia temporal de autores como Bourdieu. En particular, el abandono teórico de los grandes desafíos planteados por el desarrollo de los medios masivos de comunicación y por la explosión de la sociedad de la información, y de lo que se ha denominado la *informatización de lo social*, pone de relieve la poca importancia por avanzar en una economía política de la información y, sobre todo, el desinterés por estudiar el problema de los flujos culturales y económicos transnacionales¹².

Frente a lo anterior, asumir el estudio de la cultura contemplando factores fundamentales que superan las fronteras, tal como lo demandó S. Hall en 1991, se constituye todavía en un reto fundamental para los académicos de esta corriente: la globalización de origen económico y su influencia en las culturas nacionales; la fractura de los paisajes sociales en las sociedades industriales con sus consecuencias en la formación del “yo” y las identidades sociales; la fuerza y amplitud de las migraciones a través del mundo; el proceso de homogeneización y diferenciación que socava la fuerza organizadora de las representaciones del Estado-nación, la cultura nacional y la política nacional¹³. En fin, se trata de que los análisis den cuenta de la nueva necesidad de reflexión geográfica o de autoconciencia política, lo cual exige, igualmente, la validación de la descripción e interpretación de la situación “nacional”, entendida desde un sentido meramente relacional que tenga en cuenta las diversas partes que componen el sistema mundial.

3. *Desde ciertas prioridades temáticas.* Algunos de los asuntos relacionados con este punto ya han sido abordados parcialmente atrás; tal es el caso del valor que los estudios culturales conceden al análisis de las transformaciones culturales y su influencia en la conformación de los sujetos, de los grupos sociales y de las representaciones, así como la manera como se examinan los procesos de modernización. Nos centraremos aquí en tres aspectos básicos, los cuales representan, en su articulación con la cultura, buena parte de la diferencia fundamental de este enfoque con la tradición científica de las disciplinas sociales: el problema del género, el problema del poder y el problema de la comunicación.

Desde su inicio, el Centro de Estudios de Birmingham abrió la investigación hacia un conjunto de terrenos relacionados, primero, con las culturas populares y los medios de comunicación, y luego con temas vinculados con las identidades sexuales y étnicas. En cuanto a esto último, la preocupación por las nuevas modalidades de las relaciones de poder produjo el encuentro con los estudios feministas que ya habían sido muy fructíferos, lo cual se tradujo, a su vez, en una transformación a nivel de la teoría y de la organización de los grupos de investigación. A partir del *gender role* se producen una serie de transferencias entre los problemas: la rehabilitación del sujeto, formular nuevos interrogantes respecto de la identidad y trascender, al respecto, el análisis de la cultura de clase y su transmisión generacional. Los estudios de género siguen considerándose fundamentales para los estudios de los sistemas sociales históricos de carácter no eurocéntrico, por cuanto han

¹² Estas son algunas de las conclusiones del estudio de A. Mattelart, *op. cit.*

¹³ S. Hall, “Stitching Yourself in Place”, en *The European Network for Cultural and Media Studies*, Annual Magazine, Amsterdam, 1991, citado por A. Mattelart en *op. cit.*, p.133.

permitido ampliar la crítica sobre ciertos supuestos machistas y racistas de las disciplinas tradicionales. El desafío que contemporáneamente se presenta es el de potenciar la categoría de género como una noción transformadora y democratizadora del conjunto de la sociedad, uno de cuyos aspectos centrales sería el de comprender las formas emergentes y contrahegemónicas de corporalidad desde las cuales se articulan identidades de género alternativas, que retan la matriz heterosexual y los lugares tradicionales de ordenamiento de identidades tales como la maternidad y la provisión.

El asunto del poder, y con él el de las formas de resistencia, fue también pionero dentro de los estudios culturales; su uso se ha generalizado de tal modo que teóricos como Jameson califican este tema como un peligroso e intoxicante eslogan, pues, según él, ha perdido su potencial explicativo del modo como fue utilizado por Weber y Foucault¹⁴. Para otros, en cambio, el poder constituye todavía el eje analítico desde el cual se pueden comprender las prácticas culturales; tal es el caso de S. Bennet. El tema del poder está ligado, por ejemplo, a la idea de resistencia al orden cultural industrial, motivo que condujo una multiplicidad de objetos de análisis que caracterizaron la práctica investigativa de los estudios culturales durante más de dos décadas. De cualquier manera, su relevancia se encuentra en la posibilidad de describir y examinar diversas relaciones sociales; en el caso del género, por ejemplo, el poder está siendo mirado como los lugares desde donde se articulan unas formas de jerarquización que justifican el otorgamiento de estatus diferenciales a los géneros, así como unas pedagogías de género

que lesionan la equidad de oportunidades y el desarrollo personal. Sean cualesquiera los dispositivos teóricos y los instrumentos de previsión de los que se dota, es conveniente reconocer cómo la reestructuración capitalista, que ha llevado a que la sociedad contemporánea ya no sólo esté inmersa bajo el mando del capital sino totalmente absorbida por el modo de producción integrado, es *esencialmente represiva*. Para teóricos como Negri y Guattari, el tiempo del capital es el tiempo del terror; es decir, la capacidad de aniquilación de todos los que se niegan a someterse; en este sentido, todo se dispone para “*controlar los tiempos singulares de la vida*, para reducirlos a los tiempos capitalistas, *bajo la amenaza de aniquilación del ser*”¹⁵. El tema del poder sigue siendo, entonces, completamente actual y no puede dejarse de lado en cualquier abordaje de la cultura.

Finalmente, el tema de la comunicación, en sus múltiples entradas, constituye un campo fundamental de análisis de los estudios culturales, desde cuando los primeros autores se interesaron por estudiar los fenómenos de la cultura popular y decodificar la estructuración de la vida cotidiana por parte de los discursos dominantes. Igualmente, el examen de la influencia de los medios electrónicos, en un comienzo desde la versión crítica de la escuela de Frankfurt condenando su poder alienante, o en los enfoques más matizados de los estudios de recepción que buscaban operativizar modelos como el de codificación-descodificación dentro de lo que se ha llamado el “Giro etnográfico” de los años ochenta, es otro de los temas clásicos de los estudios culturales. Además, la dinámica fragmentaria de esta corriente en los años noventa ha conducido a un nuevo centramiento en la sociología de los

¹⁴ El texto de Jameson “Sobre los ‘estudios culturales’”, desarrolla esta crítica, en F. Jameson y S. Zizek, *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

¹⁵ Toni Negri y Félix Guattari, capítulo 3, “El capitalismo mundial integrado”, en *Las verdades nómadas*, *op. cit.*

medios de comunicación, concebida de un modo más amplio con el objetivo de entender la articulación de la dimensión económica con los terrenos de la recepción y los medios de comunicación. La reflexión alcanza los fenómenos de consumo popular, la televidización de la vida pública, los usos sociales de la información y la publicidad y los diversos procesos de mediación de las audiencias. En este terreno, las concepciones neomarxistas relacionadas con

dos diversos: desde el repudio a los productos de la tecnología, hasta las moderadas dudas que ella puede causar. En todo caso, el impacto de los análisis culturalistas ha sido notable en diversas disciplinas. Reconocer los eventos de “tecnicidad” de la cultura, así como las consecuencias que la informatización de lo social conlleva, no sólo en un sentido simbólico formal, sino material, son elementos fundamentales si se quiere rescatar el poder crítico y

Es en los márgenes de la cultura, en los nuevos procesos que emergen desde la sensibilidad contemporánea, en donde los estudios culturales pueden adquirir una mayor relevancia.

la idea de que “cultura somos nosotros” y, por tanto, la necesidad de los académicos de asumir una actitud autorreflexiva, de tal modo que se vean viendo los medios electrónicos, se reconozcan como parte del hecho de mirar, estudien las formas como el declinamiento del discurso afecta la manera de concebirlos y los estilos de escribir y de investigar, constituyen un importante aporte analítico¹⁶.

En general, este último punto remite a una nueva afirmación de los estudios culturales vinculada a su escepticismo frente a los méritos del progreso tecnológico, que ha tomado gra-

el potencial político de los estudios culturales.

El recorrido hecho hasta aquí, descontando su necesaria generalidad, permite esbozar algunas conclusiones. La primera de ellas afirma la importancia fundamental de la cultura en la dinámica social y, en este sentido, el carácter estratégico de los estudios culturales; la eficacia de la cultura se encuentra en la posibilidad que tiene de controlar y orientar el funcionamiento de las sociedades. La cultura actúa, simultáneamente, como cristal para ver la realidad, como materia prima de las identidades sociales y como guía potencial de

¹⁶ Cf. Ben Agger, *Cultural Studies as Critical Theory*, cap. 1, “¿What is Cultural Studies?”, Londres, The Falmer Press, 1992.

acción y fuente de su legitimación¹⁷. Se trata de pensar la cultura no sólo como condicionada socialmente, sino, también, como factor condicionante de las dimensiones económica, política y demográfica de toda sociedad. De lo anterior se deriva otra conclusión: la necesidad de rescatar el enfoque crítico de los estudios culturales, integrando su agenda intelectual con su versión política más relevante, de manera que adquiriera mayor legitimidad propositiva y reflexiva. Es necesario, como lo sugiere Nelly Richard, evitar la reducción de los estudios culturales a simples dispositivos de conocimiento y lectura de la realidad, que si bien plantean cambios de relación entre las disciplinas intelectuales, no alteran la trama de las interrelaciones

cotidianas entre socialidad, política y cultura¹⁸.

En esta perspectiva coincidimos en la necesidad de superar el metodologicismo y la dispersión de sus objetos de análisis, sin que ello suponga el abandono del estudio de la cultura popular¹⁹; al contrario, es en los márgenes de la cultura, en los nuevos procesos que emergen desde la sensibilidad contemporánea, en donde los estudios culturales pueden adquirir una mayor relevancia. Su principal tarea deberá seguir siendo la de orientarse al estudio de la función política de la cultura. En otras palabras, analizar las prácticas culturales y sus relaciones con el poder, insistiendo en la no-separación de la experiencia subjetiva cotidiana de la red más amplia que la contiene.

hojas Universitarias.....

¹⁷ Esta tesis la sostiene G. Giménez en su artículo "La importancia estratégica de los estudios culturales en las ciencias sociales", en *Pensar las ciencias sociales hoy*, México, ITESO, 1999, pp. 73-96.

¹⁸ Cf. Nelly Richard, "Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana", en: Daniel Mato (comp.), *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, Buenos Aires, CLACSO, 2001, pp. 185-199.

¹⁹ Es la posición que adopta la nueva teoría crítica. Cf. Ben Agger *Critical Social Theories*, Universidad de Texas, Westview Press, 1998.